

Las columnas

Una tarde me senté ante las enormes columnas
del Gobierno Provincial.
Tenía diecisiete años en la eternidad del mundo.

Unos se lanzaron de cabeza de lo alto de las fábricas.
Otros cultivaron la tierra o hicieron que otros
a su vez cultivaran la tierra.

La mayoría hizo lo posible por mostrar
cuánto le habían inculcado en la universidad
a costa de extensos sacrificios y pesares.

Conozco algunos casos aún más apasionantes
en los que intervino el cabaret, el tráfico
por ciertas autopistas y la incomodidad
que significa soportar el verano —el enorme verano
en la carne europea.

Los que se aproximaron a París enviaron
tarjetas postales con restos griegos, el escriba
egipcio y variados escombros artísticos
sacados con muy poca delicadeza
de sus emplazamientos.

Quienes viajaron por las islas próximas
acarrearón *el dejo de los mares bárbaros*.

Hubo quien arribó al África y contempló
los castillos que albergaron a sus ancestros
y a mis ancestros —negros sutiles
que escucho respirar al lado mío
sin nombre repetible, sin dar batalla nunca.

Supe de quien dijo voy a romper con todo
para sentir nostalgia de la nostalgia simple.

Unos pocos cayeron en presidio
a causa de delitos francamente misteriosos
y en la cárcel aprendieron con soltura
a pronunciar en francés.

Todo esto y un par de cosas más
sucedieron a partir de un día:
cuando me senté ante el Gobierno Provincial
con diecisiete años y las columnas
se echaron sobre mí.